Juan Avilés Farré, *La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*

Eduardo González Calleja

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/920>

DOI: 10.4000/bhce.920

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2016

Paginación: 295-299

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

Eduardo González Calleja, « Juan Avilés Farré, *La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo* », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 50 | 2016, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 24 septiembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/bhce/920> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/bhce.920>

l'un des ressorts les plus secrets de la personnalité dont l'historien, aussi indiscret soit-il, ne peut heureusement que révéler l'environnement et les prolégomènes.

Il était certes délicat de constituer cet objet d'études complexe, d'articuler pratiques, discours et représentations, au carrefour de l'histoire de la médecine, du droit, de la théologie, de l'histoire sociale, de l'histoire des femmes, de la sociologie, de l'histoire des représentations, de celle de la littérature et de l'art. On ne peut qu'être reconnaissant à Jean-Louis Guereña, qui était l'un des mieux armés pour ce faire, d'avoir tenté l'aventure en réunissant ses travaux sur la question.

Paul AUBERT
Aix-Marseille Université, CNRS, UMR 7303 TELEMME

Juan AVILÉS FARRÉ

La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo,
Barcelona, Tusquets, 2013, 422 p.

La variante anarquista del terrorismo contemporáneo ha sido uno de los aspectos más y mejor estudiados de este singular fenómeno de violencia política. Desde fines del siglo XIX los sociólogos de la desviación, los juristas de lo penal, los agentes de policía y los especialistas en antropología y psicología criminal prestaron atención al problema desde un sesgo legitimador de la acción del Estado. Hubo que esperar a los años treinta del pasado siglo para que Max Nettlau iniciase la paciente tarea de recuperación documental de la I Internacional, y a los años setenta para que historiadores como Edward Hallet Carr, Michael Confino y, sobre todo, Jean Maitron desde las páginas de *Le Mouvement Social*, dieran prestancia académica a los estudios sobre el movimiento ácrata a escala nacional y sobre todo internacional. Aunque los anarquistas no fueron los pioneros absolutos de la primera oleada terrorista, existen sin duda unas raíces libertarias del terrorismo contemporáneo. Pero ello tampoco quiere decir, ni mucho menos, que la acracia como movimiento ideológico y cultural alternativo se agote en esa apuesta —, que a la postre se reveló minoritaria— por la violencia revolucionaria.

Juan Avilés es el historiador español que más intensa y persistentemente ha estudiado el terrorismo en sus múltiples facetas. La diversidad de proyectos de investigación y de obras colectivas (como *El nacimiento del terrorismo en Occidente*, coordinada con el otro gran especialista español en la materia: Ángel Herrérín) que ha dirigido desde hace una década, así como la autoría de múltiples libros y artículos sobre asuntos tan diversos como el terrorismo populista ruso, la propaganda por el hecho, el yihadismo, los atentados del 11-M o las políticas antiterroristas patrocinadas por las organizaciones internacionales, le hacen el autor idóneo para abordar el análisis del periodo clásico del terrorismo anarquista entre 1875 y 1900.

En el capítulo preliminar, el autor trata de situar el terrorismo ácrata en el contexto teórico general del fenómeno. Denuncia acertadamente la deriva del término «terrorismo» hacia la violencia subversiva de tipo clandestino desde el auge del populismo ruso en el último cuarto del siglo XIX, y aunque acoge como válida la asignación restrictiva a grupos antigubernamentales que elaboró en 1992 el Departamento de Estado norteamericano, sus

propias tesis parecen más próximas a la definición elaborada por la ONU en 1995, que se refiere a los «actos cometidos con fines políticos dirigidos a provocar un estado de terror sobre la población o un grupo». La definición de terrorismo que propone Avilés como actos de violencia clandestina ejercidos contra personas no combatientes con el objeto de generar un clima de terror favorable a los objetivos políticos de quienes los perpetran, permitiría incluir a los estados que emplean la violencia (desde los escuadrones de la muerte a los drones) de forma clandestina o encubierta. A la hora de calibrar la lógica del terrorismo, resulta muy sorprendente (como se dice en la página 26 y se reitera en la 54) constatar que en la Rusia zarista el nihilismo se interpretaba como una filosofía eminentemente materialista basada en el determinismo científico porque negaba el libre albedrío, cuando esta peculiar escuela filosófica podría definirse perfectamente *a contrario sensu* en los aledaños de un antipositivismo típicamente finisecular. Frente al cálculo político de otras fuerzas revolucionarias, los nihilistas que medraban dentro del movimiento anarquista fueron acusados de impulsar la violencia de forma irreflexiva, indiscriminada y sin criterios finalistas.

El hilo conductor del relato es estrictamente cronológico, lo que resulta adecuado para calibrar la importancia de las incorporaciones tácticas y doctrinales y los procesos de realimentación de los diferentes acontecimientos violentos. En el capítulo 2 aparece la primera de las grandes semblanzas que esmalta el libro: la tortuosa relación y la no menos clamorosa ruptura entre Bakunin y Necháev, que aparece como la trama original a partir de la cual se fue urdiendo el terrorismo anarquista del último cuarto del XIX, sobre la base de grupos clandestinos de vocación insurreccional y portadores de una violencia entendida en un sentido quiliástico y regenerador. Del influjo que tuvo la deriva de la teorización revolucionaria bakuninista desde la acción de masas a la de minorías trata el capítulo tercero, donde se expone una larga serie de insurrecciones (desde la «revolución del petróleo» de Alcoy de julio de 1873 a la de Bolonia en agosto de 1873 o Benevento en abril de 1876) y regicidios (como los frustrados de Oliva y Otero contra Alfonso XII en 1878 y 1879) que no tuvieron una estricta inspiración anarquista, sino que fueron el exponente de ese confuso designio de rebeldía que personajes como Carlo Cafiero, Andrea Costa, o Errico Malatesta heredaron de internacionalistas como Bakunin o el príncipe Kropotkin, pero también de demócratas radicales como Giuseppe Mazzini, Carlo Bianco, Giuseppe Garibaldi, Carlo Pisacane o Auguste Blanqui. A la peripecia vital de Bakunin se dedica gran parte del cuarto capítulo, especialmente a su decisivo papel como animador y difusor de la propaganda por el hecho planteada y aceptada oficialmente en el congreso anarquista celebrado en Londres de 14 a 19 de julio de 1881, donde el movimiento libertario se declaró proclive al «estudio y la aplicación» de las «ciencias químicas», esto es, a los avances técnicos en explosivos como la dinamita. Conviene recordar aquí que la propaganda por el hecho, que a fines de los años setenta del XIX quedó fijada de forma preferente como un acto insurreccional, no era sino la acepción más extrema de una estrategia mucho más amplia que consistía en la difusión de la ideología anarquista a través de la lucha y de los actos revolucionarios, como la organización de manifestaciones pacíficas, violencias individuales o colectivas (desde el atentado a la huelga general insurreccional), acciones de desobediencia civil (resistencia al servicio militar, la negativa al pago de alquileres o cánones agrícolas) y formas culturales y asociativas de carácter alternativo (participación en ceremonias laicas, formación de comunidades autárquicas, cooperativismo, etc.). Bajo el rótulo de «propaganda por el hecho» se acogía, por lo tanto, toda iniciativa que se dirigiera, de acuerdo con la noción bakuninista clásica, a desconocer la autoridad burguesa y fomentar o fortalecer el natural

instinto de rebeldía y la conciencia revolucionaria del proletariado a través de la designación de sus verdaderos enemigos, antes que su adoctrinamiento político. Al identificarse de forma harto restrictiva y capciosa con el terrorismo individual, parte del movimiento anarquista finisecular acabó por aceptar la consideración de la violencia como una fuerza revolucionaria que podía ser aplicada con la brutalidad propia de toda guerra.

De las dudas que se mantuvieron en torno al carácter defensivo u ofensivo de la nueva táctica da buena cuenta la proliferación de grupos de resistencia laboral de tipo violento como la Bande Noire de Le Creuset o Montceau-les-Mines en 1882 o el turbio asunto de la «Mano Negra» en la comarca de Jerez en 1882-1883. Las tesis de Avilés sobre la real existencia de este tipo de organizaciones secretas —con este u otro nombre— desde los primeros tiempos de clandestinidad de la FTRE de la AIT en 1873-1881, pero al margen de sus directrices legalistas, no diverge en demasía de la mía, aunque he puesto más énfasis en los antecedentes de este tipo de grupos en la tradición de las sociedades secretas jacobinas de la primera mitad del siglo XIX o en organizaciones de «terror agrario» de tipo coercitivo e intimidatorio que siguieron proliferando en el agro andaluz hasta la Guerra Civil. En todo caso, Avilés reconoce al término de su minuciosa investigación que «la cuestión de si la Mano Negra existió o no es lo menos importante que el tema plantea» (p. 169). En efecto, parece más interesante integrar este incidente en el tiempo largo de las insumisiones agrarias del mediodía español y como un síntoma de la fractura interna que se estaba produciendo entre la actuación clandestina y la legalista en el seno del anarquismo peninsular.

El capítulo sexto narra los sucesos de Chicago de 4 de mayo de 1886 como un acontecimiento calve en la historia del obrerismo organizado en el que convergieron el culto a la dinamita difundido entre otros por Johann Most, la radicalización del obrerismo local nutrido de inmigrantes alemanes (que formaron incluso grupos paramilitares para enfrentarse a las formaciones parapoliciales pagadas por los grandes magnates de la industria) y los excesos de los empresarios que generaron el incidente de Haymarket Square, y que con su presión en favor de un castigo ejemplar dieron alas a este mito martirial de alcance internacional. El séptimo capítulo analiza otra fascinante vertiente de la violencia anarquista, además de la propaganda por el hecho: el ilegalismo subversivo que consistió en elevar los crímenes considerados de derecho común al rango de instrumento de lucha revolucionaria y de regeneración colectiva. Los ácratas justificaron el hecho delictivo —sobre todo las «expropiaciones»— como un acto trasgresor de la moral, el poder y la autoridad burgueses, y como un gesto de restitución al pueblo de las riquezas o derechos injustamente acaparados por una minoría. De este modo, los grandes activistas de la época (Clément Duval, Vittorio Pini, Luigi Parmeggiani o *Ravachol*, y más tarde las «bandas trágicas» de Bonnot y Garnier) eran para sus simpatizantes la encarnación del bandido social generoso e individualista (por más que tuvieran cómplices), el «anti-propietario» surgido del inframundo de la delincuencia y redimido por su conversión a una utopía liberadora. El noveno capítulo, dedicado a *Ravachol* y a otros anarquistas violentos como Émile Henri o Édouard Vaillant confirma los límites imprecisos establecidos en la época entre la marginalidad social, la criminalidad común y el activismo ideológico practicado por un sector de estas «clases peligrosas» identificables con el lumpenproletariado urbano que atemorizó por largos años a una burguesía ansiosa de seguridad.

El capítulo octavo enlaza con el tercero, al tratar de manera detallada el asalto campesino a Jerez de la Frontera y el proceso ulterior. Achacado a medios anarquistas, fue un acto de rebeldía de procedencia híbrida (con gritos confusos en favor de la anarquía y la república) que parece más cercano a los motines campesinos de El Arahal de 1857, Loja en 1862 o

Montilla en 1873. Frente a las tesis socioeconómicas de cuño marxista de Gérard Brey o Jacques Maurice, Avilés se abona la interpretación milenarista acuñada por Eric J. Hobsbawm, aunque se me antoja que la lleva demasiado lejos cuando incluso endosa este paradigma explicativo al marxismo, que no entrevé una vía «milagrosa» y repentina para alcanzar la nueva sociedad por vía revolucionaria, sino un proceso lento en el que deben evaluarse un amplio elenco de «condiciones objetivas» de carácter económico, político y social. Por eso el socialismo «autoritario» atacaba con tanta ferocidad la «epilepsia» revolucionaria anarquista.

Los capítulos 10 y 11 repasan el primer ciclo de violencia anarquista en Barcelona de 1884 a 1897, iniciado con la bomba de la Gran Vía el 24 de septiembre de 1893 y seguido por las masacres del Liceo el 7 de noviembre del mismo año y Cambios Nuevos el 7 de junio de 1896, sucesos todos ellos que han sido analizados de forma exhaustiva por Antoni Dalmau en uno de sus libros sobre la violencia política en Barcelona, ciudad que se convirtió en la meca del anarquismo de acción durante medio siglo. Junto con la execración del atentado por parte del movimiento anarquista internacional, destaca los efectos deslegitimadores de la «propaganda por la represión», el agudo término acuñado por Ángel Herrerin para caracterizar la conducta de las autoridades civiles y militares, que tras encubrir los excesos de sus subordinados ni propiciaron la revisión del proceso ni procedieron al castigo de los torturadores.

En las conclusiones aborda un tema muy transitado en la teoría del terrorismo: las motivaciones psicológicas del terrorista anarquista, cuya personalidad oscila, según el análisis de Avilés, entre el «altruismo aberrante» descrito en su época por Cesare Lombroso, basado en la obsesión por la redención a través de la violencia y el martirio como modo de autoafirmación personal, y la sociopatía de quienes buscan de forma compulsiva y egoísta una recompensa inmediata, lo que les pone en contacto con algunos rasgos del nihilismo. Otro asunto polémico que figura en la conclusión son las conexiones que se pueden establecer entre el actual yihadismo islámico y el anarquismo violento finisecular como fenómenos religiosos con base en el ascetismo y el milenarismo. Aunque podría endosarse a la acracia los rasgos de una religión laica en el sentido que Raymond Aron o Emilio Gentile han dado al concepto, no es menos cierto que estaba a años luz de los movimientos religiosos fundamentalistas en conflicto radical con la modernidad y sus valores anejos (autodeterminación individual y colectiva, ciudadanía o laicismo), que el anarquismo defendía mediante métodos pacíficos o una versión secularizada de la lucha armada. Otra cosa es que el «verdadero creyente» estudiado por Eric Hoffer, que profesa la fe en un credo, doctrina, norma, código o ideología que acepta sin reservas ni cuestionamientos, tenga una estructura caracterial que pueda compartir en buena parte el yihadista actual o el terrorista ácrata de antaño. Lo que no tienen punto de comparación son la extraordinaria complejidad y diversificación de las redes yihadistas apoyadas en el proceso de globalización tecnológica de la era de la aviación comercial e Internet y el más limitado por evidente internacionalismo del anarquismo en la época del telégrafo y el coche de caballos. Las sociedades secretas revolucionarias fueron poco más que una entelequia tras la desaparición de Bakunin, y a pesar de la obsesión de las autoridades por demostrar la existencia de una presunta «Internacional Negra», el movimiento anarquista violento nunca dispuso de un núcleo central estratégico y ejecutivo como es al Qa'ida. Entre el lobo solitario y una extensa red de conjurados siempre existió una amplia gama de interacciones y niveles de organización diferentes. Puede que la ideología libertaria, con todos sus matices y evidentes contradicciones, y la táctica de la propaganda por el hecho

con sus ya relatadas ambigüedades, dieran cobertura simbólica a muchos actos de violencia que sólo de manera forzada se pueden considerar anarquistas. Pero también es cierto que el anarquismo de acción fue el primer movimiento que se aprovechó de los medios de comunicación, cuya simbiosis con la publicidad que debe hacerse de las acciones armadas es una de las bases constitutivas del moderno terrorismo.

Avilés deja como reflexión final que las democracias están más expuestas que otros regímenes políticos a sufrir la amenaza terrorista, pero la afrontan mejor y con mayor eficacia que los regímenes autoritarios como la Rusia zarista o los parlamentarios no democráticos como la España de la Restauración, y no sólo por razones de mayor eficacia policial, sino por la barbarie de la respuesta oficial que impidió canalizar ese impulso de protesta por el camino de la legalidad.

Aunque a este complejo y detallado relato del terrorismo anarquista *fin-de-siècle* le falte quizás una mirada al siglo XX, o una alusión a espacios geográficos clave (como Paterson o Londres), a ámbitos de sociabilidad (ateneos, sindicatos, *compagnonnages*, grupos de afinidad), a otras corrientes no violentas del anarquismo o a la represión que los gobiernos ensayaron a escala internacional, tiene evidentes virtudes, como presentar el caso español en sus dimensiones propias y en dialéctica continua con los avatares del movimiento anarquista internacional. Pero a la postre, lo importante es que este libro, por su erudición y ambición interpretativa, se convertirá a buen seguro en obra de referencia de la historia internacional del terrorismo.

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA
Universidad Carlos III de Madrid

Anne-Aurore INQUIMBERT

Un officier français dans la guerre d'Espagne. Carrière et écrits d'Henri Morel (1919-1944),
Rennes, Presses Universitaires de Rennes-Service Historique de la Défense, 2009, 304 p.

Sin lugar a dudas 2014 ha sido un año pleno de celebraciones desde el punto de vista histórico. Al centenario de la Primera Guerra Mundial podemos unir el 75 aniversario del final de la Guerra Civil española, el 70 aniversario de la liberación del campo de Auschwitz en el mes de enero, del desembarco aliado en Normandía en junio o la liberación de París en agosto. Pero en 2014 también se ha cumplido el 70 aniversario del fallecimiento del protagonista de este libro, el teniente coronel Henri Morel, en el campo de concentración nazi de Neuengamme el 13 de septiembre de 1944; curiosamente, el día que tradicionalmente las autoridades franquistas celebraban la liberación de San Sebastián, primera ciudad de España en la que Morel tuvo contacto con la Guerra Civil.

La figura de Henri Morel quizá no sea demasiado conocida por la historiografía española pese a que su figura ha sido citada en diversas obras –incluso en algunas de ficción– relacionadas con la Guerra Civil. Por ese motivo, y antes de entrar a comentar la obra de Anne-Aurore Inquimbert, que tiene su origen en la tesis doctoral de la autora presentada en la Universidad de París IV en 2008, debemos hacer una serie de consideraciones sobre la personalidad de Morel y el destacado papel jugado a lo largo de la Guerra Civil española,